

José Tamayo o el amor al teatro

JOSE MARTIN RECUERDA

PARECE que oigo subir las escaleras de mi casa, en la plaza Bibarrambla de Granada, a José Tamayo y a sus primeros jóvenes actores. Tamayo estaba ya dispuesto a formar la compañía de teatro «Lope de Vega». Con qué alegría llamó a la puerta de mi casa. Abrí y entraron todos. Tamayo había leído una obra mía que escribí con unos dieciocho años y que llevaba por título «Dauro». Uno de los nombres que se le dio al río granadino que pasa y da nombre a la llamada «Carrera del Darro». Río que en época árabe parece ser que daba oro. De ahí, por etimología popular, el nombre de «Dauro».

Tamayo quería que leyera esta obra no sólo a los actores universitarios, sino a actores profesionales. Se dio la lectura en unos jardines de la Alhambra, muy cerca del llamado «Carmen de los Mártires», donde en un tiempo, siglos ha, estuvo San Juan de la Cruz y escribió algunos de sus más bellos poemas. Mi emoción y la de todos fue grande. La obra quedó programada para la incipiente compañía «Lope de Vega», a la que, por otra parte, tanto ayudó nuestro inolvidable catedrático de Arte don Antonio Gallego Burín, alcalde que fue de Granada, y director general de Bellas Artes. Fue también don Antonio Gallego el primero que escenificó un Auto Sacramental de Calderón, en la plaza de los Aljibes, de la Alhambra, el año 1927, después de su prohibición el año 1765. Lo escenificó con música de Manuel de Falla y dirección orquestal de Angel Barrios. Aquello tendría que ser un encanto más de nuestra Granada.

La Compañía «Lope de Vega» comenzó y, desde entonces, todos los pasos que dio este gran hombre de teatro llamado José Tamayo, fueron tensos y sufridos, pero siempre vencidos. Jamás supe de un hombre que superara tantas adversidades por amor al teatro. La Compañía «Lope de Vega» fue no sólo por España, sino por muchos lugares del mundo.

Tamayo fue después director del teatro «Español» de Madrid. Allí se representaron obras desde Esquilo a Durremant, pasando por los grandes dramaturgos mundiales como un Arthur Miller, entre otros.

De una manera casi misteriosa José Tamayo fundó el teatro «Bellas Artes» de Madrid. «Manera misteriosa» pero con un fondo de trabajo como pocas personas hubieran podido soportar. El teatro «Bellas

Artes» de Madrid se inauguró con una de las obras más importantes de don Ramón María del Valle Inclán, titulada «Divinas palabras», en tiempos que eran muy difíciles para dar a conocer al dramaturgo gallego. José Tamayo tendría que luchar bastante para que esta obra se representara. Entre otras muchas obras de carácter universal, Tamayo siguió representando a Valle Inclán. Puso en escena «Luces de bohemia», con un actor irrepitible como es José María Rodero. Pocas veces hemos visto en nuestros escenarios un saber ahondar en las raíces gallegas de este difícil autor. El gran autor de «Los esperpentos» no superados por ningún dramaturgo del siglo XX.

José Tamayo tuvo que dejar por algún tiempo, quizás años, el teatro «Bellas Artes» para someterse a tratamientos médicos, porque su voz y su salud fallaban y bien sabemos el por qué: su trabajo era agotador. Estuvo en una clínica de Suiza. Sin embargo, iba y venía, a veces, en contra de la voluntad de los médicos. Hubo gente que ya no creía que Tamayo pudiera

continuar en el teatro. Pero todo lo venció. Pasó el tiempo y volvimos a verlo dirigir con una voz casi ininteligible. Voz que también venció. Y de esta manera, y sin apenas descansos, ha sabido luchar en nuevos teatros y en viejos teatros, hasta el punto de convertir teatros en ruinas, como el llamado «Progreso» de Madrid, en teatro modernísimo como el «Nuevo Apolo» madrileño, antiguo teatro «Progreso». Su talento ha sido inigualable al crear el «Nuevo Apolo» como sede de teatro musical, al igual que los mejores de Londres o Nueva York.

Dentro de esta sede de teatro musical, ha creado la «Antología de la Zarzuela», donde no solamente hemos visto el fondo del Madrid castizo, sino el fondo del mejor casticismo de España, incluyendo recuerdos de su propia Granada. Recuerdos que han engrandecido más y más a nuestra Granada. El nombre de Tamayo ha llevado en alzas por el mundo a España, sin poder desprenderse de su tierra granadina, con el asombro, para mí, de ver en la «Antología...» faroles típicos de nuestra

tierra y, con más asombro aún, el recordar al Cristo del Silencio, pasando en Semana Santa, por la «Carrera del río Darro», donde Tamayo nació y él, desde niño, quedaba impresionado al ver apagarse todas las luces de casas y calles y oír el impresionante tambor de la procesión, mientras el Cristo pasaba iluminado en el mayor de los silencios.

Fue otro granadino llamado Angel Ganivet, precursor, como se sabe, de la generación del 98, quien nos dijo en una de sus obras que «quien más ahonde en el pequeño rincón donde se viva, más pronto conocerá la universalidad». El dicho ganivetiano quizás arranque de los grandes pensadores del lejano oriente, quienes nos dijeron: «el elegido no necesita andar y sin embargo llega». Quizás este ahondar en el pequeño rincón donde se vive, haya hecho universales a Federico García Lorca y a muchos granadinos.

Granada tiene el misterio asombroso del que ya nos hablaron hombres tan eminentes como don Emilio García Gómez, a quien recuerdo —siendo yo muchacho— decir en la Villa alhambrense llamada «Villa Paulina», del no menos inolvidable catedrático de Historia, don Alfonso Gámir Sandoval, que «el misterio de Granada consiste en que quien la ve, o vive en ella, queda encadenado para siempre en esta ciudad». Ningún granadino hemos podido salir de nuestra Granada y la hemos llevado encadenada en nuestra vida y en nuestras obras.

En fin, José Tamayo, por ese pasional instinto de los granadinos, ha sabido llevar encadenada, queriendo o no queriendo, a su Granada, y Granada lo ha recompensado, después de una cruel batalla de amor por el teatro, con la concesión de la medalla de oro de la ciudad.

La noche del día diez de junio del año 1990 ha vuelto a sonar el tambor del Cristo del Silencio, cuando en el Palacio de Carlos V de la ciudad, entre una emoción inigualable, los granadinos puestos en pie y José Tamayo con sus brazos abiertos, casi en cruz, con intento de abrazar a todos, ha recibido la medalla de oro de la ciudad granadina. Pocos homenajes y pocas medallas se han dado con tanto merecimiento como la concedida a José Tamayo, uno de los mejores y más sabios directores de teatro que ha tenido España y ha sido reconocido en todo el mundo.

